

EN TORNO A LAS NEGOCIACIONES FRANCO-ARGELINAS

Las conversaciones que el lunes 27 de febrero celebraron en París los Presidentes de las Repúblicas francesa y tunecina han señalado, desde luego, una etapa esencial en la evolución política actual de toda Africa del Norte. El mayor valor y el mayor interés de dichas conversaciones no han consistido en su objetivo proclamado de buscar una mejora positiva rápida de la situación en Argelia. El principal significado ha sido el del intento de sacar las gestiones de una paz franco-argelina del punto muerto en que se encontraban después del fracaso de las iniciadas gestiones de Melun. Por otra parte, resultaba que antes de entrevistarse De Gaulle y Burguiba, ya influían sobre ellos varios factores de urgencia' procedentes tanto de la ONU como de la Comunidad franco-africana. Y a la vez se produjo el inesperado fallecimiento del rey Mohamed V de Marruecos, por el cual los acontecimientos norteafricanos se precipitaron y aumentaron su cohesión. Después, la cuestión de Argelia depende en gran parte de que el F. L. N. confíe plenamente en la sinceridad de las intenciones manifestadas en París. Porque respecto a la paz, los nacionalistas argelinos sólo admiten una «negociación directa y sin condiciones».

Todo comenzó el día 1 de febrero, con la publicación en el diario parisién «Le Monde» de una entrevista que el Presidente Burguiba había concedido al corresponsal en Túnez de este diario. Burguiba expresaba su convicción de la necesidad de que la guerra argelina terminase en 1961, y a la vez insistía en su firme convicción de que «De Gaulle es el hombre de Francia más capacitado para llevar a cabo la descolonización». Estas declaraciones respondían a una antigua convicción que Burguiba venía expresando desde mucho antes de que De Gaulle retornase al Poder y fundase la V República. Y en distintas ocasiones había repetido con insistencia que el general estaba «en mejor posición que cualquier otro francés para hacer comprender a los otros franceses las necesidades de la descolonización».

El mismo día 1 de febrero, durante la recepción dada en el palacio del Elíseo al Cuerpo Diplomático, fué cuando el general De Gaulle dijo al encargado de Negocios tunecino que él tendría mucho gusto en recibir en París al Presidente Burguiba en cuanto éste lo deseara. El 6 se supo en Túnez que Burguiba acogía la invitación con gran satisfacción. El 7 llegó a París el ministro tunecino de Información, Mohammed Masmudi, para tratar de los preparativos de la reunión, conferenciando al día siguiente con el Presidente De Gaulle. El 16, Masmudi dió cuenta en Túnez de sus impresiones a los miembros del G. P. R. A., y el 17 fué a Zurich, donde estaba el Presidente Burguiba. El 21 hubo una segunda entrevista De Gaulle-Masmudi, después de la cual se fijó la fecha de la entrevista De Gaulle-Burguiba para el 27 de febrero. A las diez de la mañana de ese lunes 27 llegó Burguiba al aeropuerto de Orly, y el 28 por la mañana salía para Rabat para asistir a las exequias del soberano de Marruecos. En ese espacio de tiempo se sucedieron una comida a puerta cerrada entre los dos Jefes de Estado, y por la tarde la reunión general. A esta reunión asistieron, junto con De Gaulle y Burguiba, el jefe del Gobierno francés, Debré; el ministro Masmudi, los dos ministros de Asuntos Exteriores, el secretario general del Elíseo, De Courcel, y el hijo de Burguiba, que es embajador de su país en Washington.

Como resultado oficial de las conversaciones se consideró la publicación del comunicado conjunto, en el cual se ponía el acento principal sobre la cuestión argelina. Se decía que dicha cuestión había sido evocada «a la luz de los recientes acontecimientos y en la perspectiva del futuro de Africa del Norte». Y después se expresaba la coincidencia en comprobar las posibilidades y las esperanzas de una evolución positiva y rápida. Estas declaraciones resultaban muy vagas y nebulosas de expresión, pero no podían sorprender, porque desde los primeros momentos se sabía que en ningún caso aceptarían los dirigentes del F. L. N. y del G. P. R. A. que se tratase sobre ellos sin que ellos tomaran parte activa y directa. Tampoco se trataba de que las gestiones de Burguiba tomaran el carácter de una mediación propiamente dicha, sino sólo de un ensayo y una prueba para ver cómo podrían abordarse las negociaciones directas de los gobernantes franceses y los jefes argelinos independentistas. Precisamente entonces se decía en la Prensa de información objetiva de París que si la paz de Argelia parecía estar en una vía muerta era porque mientras el Gobierno francés esperaba una respuesta del F. L. N., éste esperaba, a su vez, que Francia diese el primer paso. Por ambas partes se hacía cuestión de prestigio y propaganda la imposibilidad de iniciar un

gesto, para el cual era muy útil la aparición de un tercer factor más neutro o más desapasionado.

Del modo de actuar ese tercer factor, que en estos meses viene siendo Burguiba, se tuvo el más claro testimonio gracias a dos declaraciones que hizo el Jefe del Estado de Tunicia para Radio Túnez, poco antes de tomar el avión para Rabat. Una de ellas fué transmitida en idioma francés, y la otra, en idioma árabe. Ambas tenían el mismo sentido general, pero notándose entre ellas unas diferencias muy marcadas de estilo y fuerza de expresión. Por ejemplo, al dirigirse a los jefes del nacionalismo argelino, el texto en francés (que fué también recogido en París) se limitaba a exhortarles para que distinguiendo «entre lo secundario y lo esencial» facilitasen «en la medida de lo posible el éxito del general De Gaulle». Pero el texto radiado que verdaderamente valía era el de lengua árabe (difundo en Túnez y luego extendido a los sectores del guerrillerismo dentro de Argia misma). Dirigiéndose a «sus hermanos» los combatientes argelinos, decía que les incumbía «una pesada responsabilidad: la de poner de su parte, no hacer obstrucción y no aferrarse a los pequeños detalles; porque cuando se tiene en las manos el extremo esencial, se debe facilitar la tarea de la parte adversa, permitiéndole adelantar en sus concesiones». Esta declaración tomaba en algunos momentos el aspecto de un mensaje personal. Algo así como si dijese: «No lo echéis todo a rodar, porque el asunto está en el saco; pero si rompéis ese saco, todo caerá al suelo». Es decir, que en ese caso no se trataría tanto de saber si el F. L. N. ha ganado como de determinar si ahora es capaz de dominar su victoria.

En Rabat hizo Burguiba su primera y mayor gestión directa en sus entrevistas personales con varios de los principales jefes del G. P. R. A. o Gobierno Provisional Argelino. Estos eran su Presidente, Ferhat Abbas; el ministro del Exterior, Krim Belkacem; el del Interior, Ben Zobal, y el de Comunicaciones, Bussuf. Por otra parte, la entrevista oficial del Presidente tunecino y el nuevo rey de Marruecos, Hasán II (celebrada públicamente en el palacio real de Rabat en la noche del día 1), sirvió para que el ministro de Información marroquí diese a los periodistas presentes una nota diciendo que después seguiría a puerta cerrada una conferencia de los dos Jefes de Estado con Ferhat Abbas y los principales colaboradores de los tres jefes norteafricanos. Dijo que ésta era, por fin, la entrevista que debía haberse celebrado en octubre de 1956 y que se hizo imposible por la detención de Ben Bella y sus compatriotas en el avión que les llevaba a Túnez. Añadió que si la anterior entrevista hubiese tenido lugar, la guerra

de Argelia habría terminado hace años. La reunión a puerta cerrada duró desde las 9,50 de la noche del día 1 hasta la una de la madrugada del 2. En el texto del comunicado conjunto había una declaración general teórica y una impresión concreta sobre los efectos de las conversaciones de Rambouillet. La primera aludía a la determinación común de «edificar el Gran Magreb». La segunda estimaba que ningún obstáculo «debería» oponerse a la apertura de negociaciones directas entre el Gobierno Provisional Argelino y el Gobierno francés en el marco de la descolonización total.

La palabra «debería» fué después considerada en los medios informativos internacionales de Rabat como uno de los resultados de las diferencias que se expresaron por una parte entre los puntos de vista marroquíes y tunecinos y de los argelinos. Estos rehusaron compartir el optimismo de los dirigentes de los otros dos países norteafricanos que son independientes, porque estimaban que en Argelia la prolongación del estado de guerra les imponía mayor reserva. Ferhat Abbas y sus amigos dijeron que no sería con palabras, sino con actos visibles, como creerían en las pruebas de sinceridad por los gobernantes de París. Las noticias de que actualmente se están enviando refuerzos de tropas y material al Ejército francés que opera en Argelia servían para aumentar su recelo. Por último, la inserción de la referida palabra «debería» servía para dar tiempo a que se fueran concretando las etapas de las posibles negociaciones directas de Francia y el F. L. N.

Estas negociaciones no podrían en ningún caso empezar antes de que fuesen directamente consultados todos los sectores dependientes del F. L. N., incluso los combatientes y los comités delegados que funcionan en la RAU y otros países del Próximo Oriente. Durante la primera y la segunda decena de marzo, las consultas que se fueron desarrollando tendieron a aumentar los factores de recelo y desconfianza entre los revolucionarios argelinos.

Uno de los mayores factores de la desconfianza y el recelo ha consistido en la falta de definiciones claras desde París sobre puntos de duda en la negociación, la transición y los planes franceses para el régimen argelino interno. Según explicaciones coincidentes de varios órganos informativos de lengua francesa, los diez puntos de duda vienen a concretarse así: 1.º ¿Cuáles serían las primeras condiciones puestas antes de la apertura de negociaciones formales? 2.º ¿Recibiría De Gaulle a Ferhat Abbas en plan de verdadero interlocutor? 3.º ¿Cuándo saldrán de la prisión Ben Bella y sus compañeros? 4.º ¿Se efectuará previamente el cese de las operaciones militares de las tropas francesas en suelo argelino? 5.º Si se paran las acciones de guerra, ¿en qué momento se abrirán las negociaciones públicas? 6.º ¿So-

bre qué versarán las negociaciones iniciales? ¿Sería sobre las garantías de unos plebiscitos libres y abiertos, que aplicasen la «autodeterminación» varias veces prometida por De Gaulle? 7.º ¿La negociación será solamente entre el F. L. N. y el Gobierno francés (o éste consultará a otros grupos más o menos disidentes)? 8.º ¿Cuál será el estatuto futuro de los franceses que se quedasen en Argelia, en caso de que ésta se encaminase a la independencia? 9.º ¿Cómo podría relacionarse una paz franco-argelina con la cooperación general entre Francia y toda Africa del Norte? 10. ¿Ha renunciado el general De Gaulle a instalar en Argelia «instituciones provisionales» antes de que se prepare la autodeterminación?

A priori ha podido decirse durante las semanas siguientes a Rambouillet que en las diez preguntas los factores pesimistas han tendido a ganar terreno sobre los prometedores. Una de las causas ha sido que desde poco después de la reunión de Rambouillet, el ministro francés de Información, Luis Terrenoire, ha dicho y ha repetido que su Gobierno está dispuesto «a celebrar negociaciones con representantes de los partidos políticos argelinos; y particularmente con el Frente de Liberación Nacional». En los medios argelinos de Túnez, Rabat y El Cairo, lo mismo que entre los combatientes de las «Wilayas», se considera que al citar al F. L. N. como un simple «partido político», se trata deliberadamente de negar su carácter de órgano de la revolución y de factor representativo del elemento mayoritario entre los argelinos musulmanes. Por eso el ministro de Información del G. P. R. A. (es decir, Mohammed Yazid) ha precisado la actitud previa del F. L. N. diciendo que éste es partidario de la negociación directa de Gobierno a Gobierno entre el de París y el G. P. R. A. «Una negociación directa sin condiciones previas de ninguna clase.»

Entre tanto, los retrasos iban provocando evidentes dilaciones en el camino de la paz, que habían parecido acelerar las conversaciones de Rambouillet. No había ninguna ruptura, ni se abandonaron los principios de esperanza provocados por la acción moderadora de Burguiba. Pero incluso los sectores de los dirigentes tunecinos más prudentes y hasta netamente francófilos comenzaron a expresar su amargura respecto al retraso que el Gobierno francés pone en reconocer al G. P. R. A. como el único interlocutor calificado. Esto aumenta indirectamente el radio de acción de los miembros más extremistas del argelinismo combatiente; es decir, aquellos que en El Cairo se inspiran en los consejos del Presidente Nasser de no aceptar ninguna negociación que parezca una capitulación o un retroceso.

A pesar de todas las complicaciones del recelo y la pausa de silencio,

al mediar marzo las consecuencias de Rambouillet seguían destacando sus posibilidades de grandes acontecimientos. Desde París, el primer ministro francés, Michel Debré, al insistir en la necesidad de «observar la regla del silencio», reforzaba en los círculos políticos la convicción de que «algo iba a pasar». En los sectores informativos norteafricanos de Europa se expresaba la creencia de que era inminente la liberación de Ben Bella y sus amigos (en intercambio con los prisioneros franceses que retiene el F. L. N.). En Túnez hubo una primera sesión de trabajo de varios ministros del G. P. R. A., aunque no se tomaron decisiones definitivas en espera de que regresase de El Cairo y Damasco el vicepresidente de dicho G. P. R. A., Krim Belkacem. De todos modos, los reunidos en Túnez declararon públicamente que estaban dispuestos a empezar la negociación oficial con Francia en cuanto quisiesen los gobernantes de París.

A última hora, el más firme resultado de la entrevista de Rambouillet fué la consolidación y extensión del prestigio de Burguiba, tanto respecto a lo norteafricano como a lo mundial. Cuando el 9 de marzo el Presidente norteamericano, Johnn Kennedy, anunció que el Presidente Burguiba había aceptado la invitación de una visita oficial a Estados Unidos, dijo que Burguiba es «un hombre de Estado que es objeto de la admiración universal»; sobre todo teniendo en cuenta que Burguiba se ha hecho «el decidido abogado del entendimiento y la cooperación internacionales». Esta referencia al viaje que el creador de la independencia tunecina realizará a Washington desde el 3 de mayo no es un dato casual puesto al margen de las pasadas conversaciones de Rambouillet, sino en parte uno de sus antecedentes esenciales.

El director de «France Observateur» escribió entonces que antes de comenzar su gestión Burguiba había consultado a la Embajada de los Estados Unidos, obteniendo promesas seguras del apoyo de Washington. El Departamento de Estado había hecho saber al general De Gaulle su criterio de que Burguiba no podía y no debía volver con las manos vacías. En realidad la rápida consecución de la paz argelina, sea por la mediación de Túnez o por otro cualquier procedimiento, ha venido siendo una de las mayores preocupaciones de Kennedy desde el informe que presentó en 1958 ante el Senado estadounidense.

RODOLFO GIL BENUMEYA.